

Un navegante solitario

Alguien muy cercano a su condición y estirpe, lo definió como un "navegante solitario". No se refería solamente a la imagen del Carlitos que solía caminar a las 11 de la mañana por la rambla de Pocitos, y que algunos podrían asociar a la del ser humano duramente reprendido por un medio que no le perdonaba su pasado falangista. Era también la expresión apropiada para el Carlos Real de Azúa intelectual, cuyo pensamiento transitó de forma absolutamente personal por la historia, la sociología, la filosofía, la ciencia política, integrándolas con el fin de desintegrar la realidad, desmenuzándola en un intento apasionado por llegar a la verdad de las cosas y los hechos. Hechos y cosas de un país que recién ahora parece estar en condiciones de reencontrarse con su riquísima reflexión.

por Carlos A. Muñoz

Carlos Real de Azúa pensó un país. Lo pensó con la soledad necesaria como para incomodarlo, en épocas en que incomodar podía resultar difícil pero no infecundo. "Hasta en su manera de trabajar era muy solitario" señala el sociólogo Carlos Filgueira, investigador del CIESU (Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay), institución de la cual Real de Azúa participó como uno de sus fundadores e investigadores. "Real era de trabajar con sus libros y en su casa" agrega Filgueira, subrayando que "tampoco era de formar equipos, a pesar de tener sus discípulos y seguidores".

"Era de un estilo que no sé si ya estaría en extinción —sostiene— pero que hoy es bastante difícil de encontrar. De una gran avidez intelectual, de una gran capacidad de síntesis, de grandes preguntas, y de un intento de búsqueda de respuestas a través de un trabajo casi que exclusivamente individual".

Desde su perspectiva de cientista político, Real de Azúa analizó la clase dirigente uruguaya ("El Patriado uruguayo", 1961), su impulso modernizador ("El impulso y su freno: tres décadas de batallismo", 1964), sus militares ("Ejército y política en el Uruguay", 1969), sus partidos ("Política, Poder y Partidos", 1971), por mencionar apenas algunos de aquellos asuntos fundamentales que requirieron los servicios de una ciencia prácticamente inexplorada en el país, cuando Real comienza a desarrollar y expresar su elaboración teórica.

Para muchos estudiosos y conocedores del itinerario seguido por la "ciencia política" en Uruguay, el aporte de Carlos Real de Azúa se vuelve prácticamente indispensable. Para Filgueira "Real puede ser considerado un precursor en Ciencia Política". "Entre los múltiples autodidactas que en Uruguay se dedicaron a esto, —dice— pienso que él es quien realiza el aporte más importante, sin duda".

Aunque fascinado por la política como objeto de análisis, Real debe valerse de la literatura para resguardar su sobrevivencia en el medio intelectual, a causa de su falangismo juvenil por el cual tuvo que pasar un tiempo hasta poder permitirse retornar al tema político. No vacila en ir integrando un rico instrumental disciplinario que le permitiese explicar este pequeño país, repensándolo desde sí mismo, desde sus orígenes parti-

culares, y a partir de ahí, en su inserción en el contexto latinoamericano y mundial que se recomponía con la finalización de la segunda guerra. La literatura forma parte de este pensamiento volcado sobre todos los aspectos de lo histórico. Su acercamiento inicial a José Enrique Rodó y a la generación del 900 ("Ambiente espiritual del 900", 1950) constituyen un buen indicio de esta actitud globalizante.

"Quizás hoy podríamos calificar su pensamiento de interdisciplinario" subraya Filgueira, "o lo que entonces se podía definir como 'pensador', esos intelectuales con un amplísimo caudal de información y conocimientos y con una impresionante capacidad de síntesis, de organización, de sistematización".

Aún en esa avasallante capacidad de incursionar en diversos campos de las ciencias sociales, su pensamiento está marcado por algunas preocupaciones constantes. Conceptos como los de nacionalismo y tercerismo van a emerger con un peso fundamental de esas preocupaciones más recurrentes.

En relación a esto, Carlos Filgueira expresa que "ya en su primer libro, 'España de cerca y de lejos', libro polémico publicado en 1942 (tenía 25 años), se hace evidente que en Real ya hay una preocupación importante por lo nacional. Esa pregunta de qué es lo nacional, que está presente también en otros pensadores latinoamericanos. Ese libro fue poco leído y en realidad no se le dedicó la atención que merecía. Pero creo que más allá de todo el problema del franquismo, importa lo que hay debajo, esa otra preocupación que luego aparecerá en sus trabajos más importantes".

A través de estos y otros temas seguramente podrán indagarse las referencias del intelectual (de él y de otros) a las experiencias políticas que se sucedieron en Uruguay desde la década del 50 hasta el golpe de 1973.

"Más allá de sus vínculos partidarios —apunta Filgueira— yo tiendo a verlo más cerca del intelectual desvinculado, inquieto, interrogante, desconforme. Esto no quita que haya tenido sus preferencias —y las tuvo—, pero pienso que su accionar intelectual era más autónomo que el esperado en un funcionamiento orgánico partidario".

UN PERFIL INCLASIFICABLE

"Real era también un hombre conectado a la vida popular, a la calle, a los partidos de

fútbol, a la tribuna del Estadio, a Montevideo y al interior, a las casas patricias y a biografías populares" comenzó señalando el cientista político Romeo Pérez, investigador del CLAEH, Centro Latinoamericano de Economía Humana, quien remarcó el carácter inclasificable del pensamiento de Real de Azúa.

Son varios los rasgos distintivos destacados por Romeo Pérez en su aproximación a la figura de Real de Azúa, a quien considera "uno de los fundadores de la ciencia política en el Uruguay". "Quizás haya que comenzar destacando —dice Pérez— que Real era una personalidad siempre estimulante, que actuaba con una lealtad intelectual básica, alentando a todo aquel que quería reflexionar o poner en consideración de los demás un trabajo de índole artístico o intelectual. Por otra parte, creo que ese elemento relacionado con su soledad tiene mucho que ver con la soledad del que transita para conocer. Era un solitario sí, pero no un solipsista o un incomunicado. Para nada. Creo que era muy abierto, muy al diálogo".

Romeo Pérez concuerda en que ese elemento de soledad vinculado a la trayectoria del cientista político, del hombre que construyó un sendero de reflexiones para el país, tiene mayor sentido en el hecho de que su perfil intelectual o de conciencia era absolutamente inclasificable. "Real de Azúa —dice— era un cristiano muy abierto a lo que se pensaba y se producía en ámbitos no cristianos, no era un marxista aunque dialogaba con marxistas, no era un liberal aunque había penetrado hondamente en las doctrinas liberales, había sido un falangista o un socialista totalitario y si bien dejó de serlo, por cierto (al punto que participó de una experiencia de izquierda nacional), no respondió en forma oportunista a esa adhesión juvenil. La abandonó pero en un proceso de reelaboración, no fue un proceso fácil de abandono".

Para quien se aproxime a la obra de Real de Azúa, la alusión al pensamiento de corte cristiano quizás surja como un elemento difícil de incorporar a su perfil. En ese sentido tal vez convenga apuntar que su ubicación en lo que él mismo denominó un "sistema orgánico de convicciones", por ser justamente eso, lo habilitó a plantearse con una irreverencia creativa de impresionante solidez.

"Es indudable —subraya Romeo Pérez— que su tema no es la fe. Sin embargo uno siente vibrar la fe, el sentido de la trascendencia en los análisis que él hace de la sociedad, de la historia, de la conciencia de los pueblos. Creo que la fe se percibe como apertura amplísima al fenómeno humano, como captación sin recortes del hombre. Pienso que en él hay una percepción muy radical de la aventura del hombre".

La muerte de Real de Azúa ocurrida el 16 de julio de 1977, "fue terriblemente reforzada en el dolor porque le cayó encima una piedra de silencio descargada por una dictadura que de esa forma expresaba todo su rencor, hacia Real y hacia los valores de la cultura uruguaya. Creo que es muy importante que a diez años de su muerte, en un marco democrático en el que luchamos por recuperar plenamente, el país se fije en Real de Azúa. De alguna forma reanuda el reconocimiento ganado por su capacidad en la década del 60, cuando emergió como uno de los pensadores más importantes que tuvo este país, sino el más importante". ♦

Carlos Real de Azúa:

Ahora, al sucederse los homenajes en ocasión de un nuevo aniversario de la muerte de Real de Azúa, homenajes que abarcan una nutrida y ambiciosa serie de actos a celebrarse en la Biblioteca Nacional y que llegan hasta las encendidas manifestaciones de los políticos en el Parlamento Nacional, parecería —una vez más— que basta con morir para convertirse en figura elogiada por todos. Aun por aquellos que han conocido mal al muerto ilustre o que, incluso, leyeron fragmentariamente su obra. En medio del particular clima fúnebre que podría sepultar definitivamente al homenajeado, AQUÍ consultó a protagonistas del quehacer literario acerca del lugar que Real de Azúa ocupó efectivamente en el campo de las letras, con la intención de transformar el mero recuerdo de un muerto en la necesaria exhumación de su obra. La pregunta formulada a los entrevistados fue la siguiente: ¿Cuál fue, a su juicio, el aporte

por Alejandro Paternain

El otro

No es sensato admitir que las primeras impresiones se constituyan en definitivas. Por lo menos, no lo es tratándose de Carlos Real de Azúa como profesor. Quien esto escribe tuvo, por lo pronto, una impresión inicial muy distinta a la imagen y valoración posterior de Carlitos (como todos le llamábamos) en su función docente.

Para aclarar estas apreciaciones, será necesario remontarse algunas décadas atrás, unos treinta años, más o menos. Remontarse a los tiempos del Instituto de Profesores "Artigas" en su vieja sede de la calle Sarandí, entre Zabala y Misiones, y a los cursos del Departamento de Literatura. Y remontarse a la planificación de esos estudios, pues allí reside buena parte de la explicación que la imagen inicial de Real de Azúa provocaba.

Tras los cursos de Lingüística, de Teoría Gramatical y de Literatura Universal de primero, pasábamos a un segundo año donde se continuaban la Literatura Universal y la Teoría Gramatical, y donde aparecía la Estética. Como ocurre siempre, identificábamos los cursos con los profesores que los impartían. De ese modo, pasar por ejemplo, de Literatura Universal 1º a Estética era pasar de Domingo Luis Bordoli, a Carlos Real de Azúa. Es decir, pasar de un estilo a otro diametralmente opuesto.

Los años, el ajeteo, las distintas experiencias nos inclinan a la tolerancia y a la admisión de estilos diversos. Pero cuando se tienen veinte años de

edad, los juicios son tajantes y la rigidez, poco menos que insuperable. Veníamos fascinados por las clases de Bordoli, por su temperamento lírico, por su sensibilidad y su firmeza interpretativa. También, por su ordenado modo de llevar el curso, a pesar del temperamento de Bordoli. Con esa fascinación a cuestas, debíamos enfrentarnos con un Real de Azúa que, para mala suerte de todos, estaba obligado a desarrollar un curso de muy distinta índole. En él no cabían las interpretaciones más o menos líricas, ni los análisis morosos de textos consagrados y bíblicos que seguimos añorando del año anterior. Había que exponer doctrinas, combinar la "historia de las ideas estéticas" con el torbellino de teorías modernas sobre el hecho literario. Había que examinar, en unos pocos meses, los problemas referidos a los conceptos de estilo, géneros, períodos, generaciones. Al principio, creímos que se nos condenaba al desorden y a la dispersión. Comunicativo y afable, Real de Azúa se enfascaba muchas veces en conversaciones que parecían destinadas a despegarse del carril del curso.

Pasaron varias semanas antes que nos percatásemos que la riqueza de conocimientos de Carlitos se nos brindaba de la mejor manera posible: sin apabullarnos pero al mismo tiempo moviéndonos gracias a trabajos que nos parecían minúsculos, y que al cabo de los años destilaban su invalorable utilidad. Comentar, por ejemplo, una frase de un crítico de "Marcha" so-

Los homenajes

La Biblioteca Nacional, la Universidad de la República y el Instituto de Profesores Artigas han organizado varias Jornadas de homenaje a Carlos Real de Azúa, en el décimo aniversario de su fallecimiento.

Martes 21 julio. Sala Acuña de Figueroa de la B. Nacional, 19:30 hs. "Real de Azúa de cerca y de lejos". Ponente: Ruben Cotelo Panelistas: Einar Bardof y Néstor Campiglia.

Miércoles 22 julio. Sala Acuña de Figueroa de la B. Nacional, 19:30 hs. "Real de Azúa y los estudios literarios". Panelistas: Hugo Achúgar, Lisa Block de Behar, Uruguay Cortazzo, Graciela Mántaras, Mercedes Ramírez de Rossiello.

Jueves 23 julio. Sala Acuña de Figueroa de la B. Nacional, 19:30 hs.

"Real de Azúa y los estudios históricos". Panelistas: José Pedro Barrán, Gerardo Cactano, Enrique Mena Segarra, Juan A. Oddone, Blanca Paris de Oddone y Carlos Zubillaga.

Viernes 24 julio. Sala Acuña de Figueroa, de la B. Nacional, 19:30 hs. "Real de Azúa y la ciencia política". Panelistas: César Aguiar, Julio Barreiro, Luis Eduardo Cladera y Juan Rial.

Lunes 27 julio. Salón de Actos del Instituto Artigas del Ministerio de Relaciones Exteriores, 18:30 hs. "El Uruguay internacional —la visión de Carlos Real de Azúa", conferencia del Dr. Alberto Methol Ferré. Presentación a cargo del Ministro de Relaciones Exteriores, Cr. Enrique Iglesias y clausura de las jornadas de homenaje.

¿Una muerte real?

fundamental incorporado por Real de Azúa al panorama de las letras uruguayas y en qué medida ese aporte fue continuado o permaneció congelado? En el caso de Ida Vitale y de Enrique Fierro, quizás precisamente por haber sido amigos entrañables de Real de Azúa, prefirieron, a modo de contestación, hablar de él a través de sendos poemas escritos en su memoria cuando ambos vivían todavía fuera del país.

En la misma línea, AQUÍ recoge también la opinión del sociólogo Carlos Filgueira y del cientista político Romeo Pérez, quienes repasan algunos aspectos del Real de Azúa "pensador", politólogo, interrogador profundo de la historia y la cultura política del país. En este caso el método fue diferente: un diálogo con ambos especialistas en el que se intenta esbozar algunas aristas sobresalientes de tan vasta trayectoria intelectual.

Carlitos

bre José Enrique Rodó e inducimos a descubrir las diferencias (nada más y nada menos), entre testimonio y literatura. La Estética dejaba de ser aquel preconcepto que nos habíamos forjado, es decir, una disciplina que pasa revista a las doctrinas en torno a "lo bello en el arte", para ser algo viviente, complejo sin duda, y al mismo tiempo, sumamente enriquecedor. Por muy variados caminos, a partir de múltiples enfoques y referencias, Carlitos nos daba armas para lanzarnos, cada uno según su particular inclinación, a esa lucha denodada en que se convierte el análisis de un texto.

Una vez, me vio en clase con un ejemplar de "El crítico" de Gracián entre las manos. A la clase siguiente, me trajo listas bibliográficas sobre el genial jesuita de los siglos de oro españoles. Y no satisfecho con esto, en la otra clase me prestó varios libros sobre el tema que pertenecían a su propia biblioteca. Junto con los volúmenes y los datos bibliográficos, me hablaba sobre Gracián, no como quien imparte cátedra, sino como un amigo. Hace muchos años que no leo a Gracián, y tal vez lo tenga ya olvidado. Pero no me olvido de aquella solicitud de Carlitos: por ella conocí los alcances de la generosidad intelectual.

Años después, debimos seguir el curso de Literatura Hispanoamericana y Uruguaya. El profesor era Carlos Real de Azúa. Pero las expectativas habían cambiado sustancialmente. Sabíamos, por fin, sacar partido de sus clases, las cuales seguían manteniendo ese carácter de dispersión, de torrente, de conversaciones laterales y paralelas al tema central del curso, de chistes y ocurrencias a menudo provistos de agudeza singular y que servían para pintar el carácter de un autor o de toda una época. Nos nutrió, sobre cada punto, con bibliografías amplísimas. Volvió a darnos armas para abordar a los autores nacionales, por lo común desprovistos de asistencia bibliográfica. Nos informó sobre los caminos para llegar a los estudios publicados en diarios, en semanarios, en revistas. No pretendió nunca agotar el análisis de un autor, pero nos dijo cuáles podían ser los caminos para llegar hasta él. Discutió sobre un aspecto capital: el valor de las obras, la manera de enfrentar un texto, de interrogarlo una y mil veces hasta comprobar si realmente ese texto resistía los análisis y nos entregaba sus auténticas calidades.

En el rubro de la literatura hispanoamericana, su dominio de la asignatura

y su caudal informativo empezaron a ser materia que descubríamos paso a paso y con renovado asombro. Al conocimiento académico unía un saber de otra índole, un saber de erudición menuda pero no menos importante, y además sabrosa. Estaba enterado como nadie de aspectos biográficos y anecdóticos, con la particularidad que para Carlitos lo anecdótico se transformaba en un saber esclarecedor y manipulado con insólita exigencia. A la literatura aprendida en los libros solía sumarse, en aquellos (y en estos) tiempos, la que se aprendía en las barras de café. Con Carlitos, comprendimos que un enorme caudal de conocimiento puede ser absorbido en mesas de té. La sutileza, el ingenio, la anécdota, el humor casi británico, la observación profunda pero dicha con apariencia frívola, la crítica mordaz y reveladora: todo ello se respiraba en los cursos de Carlitos, en especial en aquel sobre letras del continente y de nuestra comarca, en el que ya habíamos aprendido a extraer provecho de su prodigiosa, y al parecer inagotable, sapiencia.

(Lo popular tampoco escapaba a Real de Azúa. En aquel mismo curso, desarrollado en 1961, transcurrida la semana de vacaciones de primavera, le vi anotar en la libreta de profesor y sonreír. Se quedó mirando a sus alumnos y dijo: "casi escribo, en lugar de semana de primavera, semana de gloria". En esos días, precisamente, Peñarol, tras derrotar al Benfica de Portugal, se había coronado campeón intercontinental de clubes.)

Hasta 1977, seguimos viendo, aunque muy ocasionalmente, a Real de Azúa. Leímos muchos de sus libros y artículos. Y empezó a crecer otro Carlitos, alguien que no habíamos imaginado y que persistía, a través del recuerdo, en sus enseñanzas que casi no lo parecieron nunca. Nos había enseñado, con las maneras más cordiales, una forma muy especial de la disciplina que no nace del amor a la disciplina en sí, sino del amor previo por lo que se hace, del amor por los textos en su enigma constante, del amor por ese mismo quehacer docente para el cual nos formábamos. Nos había enseñado, también, el valor de esa cualidad tan rara que consiste en la más dilatada generosidad, incapaz de mezclarse con la envidia, el recelo, la mezquindad tan frecuente de temer perder, cada uno, su lugar al sol. Y nos había enseñado, al fin, entre sonrisas, rezongos oportunos y ocurrencias inesperadas, a recordar siempre el precepto de Vaz Ferreira: "nunca me arrepentí de haber sido clemente; muchas veces, en cambio, me arrepentí de haber sido justo."

"Un crítico cultural"

por Miguel Angel Campodónico

Uruguay Cortazzo: "REAL APARECE COMO SUBORDINADO"

Yo desconozco a Real de Azúa y esto me parece significativo. Mientras hay autores que se imponen a la reflexión porque la tradición cultural que se va manteniendo los hace aparecer en un primer plano, Real, creo yo, aparece como subordinado o en un segundo plano frente a figuras consagradas de

su generación como Emir Rodríguez Monegal, Angel Rama y Mario Benedetti. Tengo la sensación de que es un valor "tapado", aunque no puedo explicarme el porqué de este hecho. (Aunque no sería desencaminado suponer que hay implicancias políticas detrás). Esta serie de homenajes que han comenzado la semana pasada tienen su importancia si nos permiten descubrir a Real de Azúa, porque tal vez podríamos empezar a explicarnos el porqué del "freno" que existe alrededor de su pensamiento.

A nivel de crítica literaria, que es uno de los campos de mi investigación, lo que podría decir sí es que con Real se introduce con mucha claridad la temática del rigor en la crítica, lo que será un concepto clave en toda la generación del '45.

Hugo Achúgar: "FUE LO QUE HOY SE LLAMA UN CRITICO CULTURAL"

Carlos Real de Azúa, -Carlitos para sus alumnos- no puede ser reducido a un crítico literario ni a un sociólogo ni a un politólogo. Esa imposibilidad de reducción o su interdisciplinariedad es lo que constituye su aporte fundamental. Posiblemente haya sido lo que hoy se llama un crítico cultural tratando de abarcar la totalidad de la producción simbólica y social del hombre. Su aporte deberá ser estudiado y analizado con el cuidado que su labor intelectual merece; lo que quizá sí se podría adelantar es que no entendió la cultura ni la literatura como un artefacto autorreferente que se goza en el frote de la palabra con la palabra y que niega las condiciones sociales e ideológicas de la producción cultural.

Seguidores puede ser que tenga; el tiempo dirá si lo son de verdad o se escudan en terminologías que, en definitiva, lo traicionan. Alumnos de Carlitos hemos sido muchos, discípulos no sé cuántos.

Rómulo Cosse: "PREOCUPADO POR LA LITERATURA HISPANOAMERICANA"

Fue invalorable su esfuerzo por alcanzar una más abarcadora y honda comprensión de la literatura hispanoamericana. Persiguió ese objetivo en una época en la que aún no se tenía clara conciencia del rol protagónico de la literatura latinoamericana en el proceso de la cultura contemporánea. Lo recuerdo en cursos y conferencias, en estudios e investigaciones, trabajando siempre en esa dirección. Hoy no habría mejor homenaje, pienso, que tomar con profesionalismo y entusiasmo, esa responsabilidad de uruguayos y latinoamericanos conscientes de la relevancia de su literatura.

Carlos Pellegrino: "EL DISPARO DE UNA CURIOSIDAD BARROCA"

La obra de Carlos Real de Azúa, se inscribe en el meollo de este paisaje cultural: en el centro de su disfrute. Quizá castizamente desplazado de su centro. Ex (céntrico) en el tiempo histórico: más allá o más acá de su propia generación, más inquisidor o menos solemne, más abigarrado o menos vindicativo.

Hay que ubicar su obra en la línea de crecimiento de la expresión americana (Lezama). Recipiendario. Imantado. Irradiante. Acompañado de siembra torrencial y arborescencia propia. La dificultad de lectura de su escritura guarda relación con la distancia a vencer para comprender la unidad del lugar (un lugar, este país, que reconstruye por ausencia), y la errancia secular de nuestro soporte cultural.

El suyo, es propiamente el disparo de una curiosidad barroca. El triunfo apolíneo del grano de la voz. Su obra, irremplazable aunque trunca, en teoría literaria, se adelantó por fragmentos aditivos a sus contemporáneos más innovadores. Nos golpea con intensidad denominante. Nos consigna a la adecuada situación en la polémica contemporánea.

Para "Maldoror" es una figura paradigmática aún más allá de su generación: la escritura de nuestro paisaje identificador.

Graciela Mantaras: "NO PUEDE TENER DISCIPULOS"

El aporte fundamental de Carlitos a los estudios literarios estuvo en su multiplicidad, en la asombrosa capacidad para vincular (en, hacia y desde) muchos campos del saber humano. Hacía del estudio de una obra el lugar de encuentro de los enfoques operocéntricos y eterocéntricos. Sabía articular con fruto impensable el biografismo, el historicismo, el sociologismo; no descuidaba la teoría estética personal y epocal; supo habérselas con los estructuralismos, las estilísticas, los psicologismos, los aportes del psicoanálisis. Esta soberana capacidad de articulaciones múltiples es tanto más encomiable cuanto infrecuente: ¿quién está en condiciones de manejar con solvencia tan diversas disciplinas? Por eso mismo no puede tener discípulos. Los discípulos de Real de Azúa -quien nunca adoptó el empaque magistral- somos todos discípulos parciales: podemos continuarlo en campos separados: historia, ciencia política y literatura; pero ninguno puede continuarlo en lo que tuvo de más sobresaliente. Hace 20 años escribí que era la cabeza pensante más completa que había tenido el país: el tiempo no ha hecho más que confirmar el juicio.

Lisa Block de Behar: "UN GENIO ILMITADO O UN GENIO INIMITABLE"

En cuanto a la contribución de Real de Azúa a los estudios literarios además de su importante obra crítica, de su *antología* del ensayo uruguayo, quiero subrayar la creación de un curso monumental de "Introducción a la estética literaria". Así se llamaba cuando lo creó en el I.P.A. y que más tarde prefirió denominar "teoría literaria", como figura todavía en el plan vigente.

No creo que pueda verificarse fácilmente la influencia de una vitalidad intelectual tan asombrosa del placer de su erudición sin límites. En la separata de "Jaqué" Mercedes Ramírez hablaba de "la alegría de ser inteligente". Existe un manuscrito, todavía inédito, de Real de Azúa que podría denominarse "Conocimiento y goce". Habría que identificar al autor con el objeto que él analiza como una *condición inescindible de la experiencia estética*.

En cuanto a lo personal entiendo esta influencia como algo parecido a lo que en la actualidad se conoce como "el ansia de influencia": el deseo y el temor de imitar un modelo que no puede serlo sólo porque es inimitable. En la *antología* al definir el ensayo, Carlitos empieza por dos títulos característicos: "¿Un género ilimitado?", es uno, "Un género limitable", el otro. Bastaría modificarlos apenas, como suele hacerse con los títulos, para aplicarlos a su caso: ¿un genio limitable? un genio ilimitado o un genio inimitable, más bien. No hay género para el genio; en realidad, Carlitos se presenta con todas las particularidades de un acontecimiento excepcional: "el acontecimiento Real".

Dos poemas en su memoria

El corazón tiene en todas partes los mismos deberes.

En aquel tiempo Montevideo, a la ventana de los domingos, tu generosa alegría, tu amiga, apremiante llamada.

En cualquier tarde te esperábamos, tarde negra o tarde dorada, pero una tarde que fueron muchas que a su lenda vuelven imantadas.

Cruzaban ideas como flechas por tu cielo siempre incendiado; es natural que, tanta red tendida, tropezaras con lentas palabras.

Guardián de una historia noble negada que descifrabas, la deuda que entre todos tenemos te sea en espíritu pagada.

Que nuestro recuerdo te merezca y nuestra tierra desmemoriada. Quién nos diera recuperarte en imposible apocatástasis.

Ida Vitale

México, 1984

Urgente a Blanca y a Lisa

aquí está el pueblo de Tlahuapan y estamos solos en la Noche

intercambiemos pasaportes vivos y muertos escribamos como ilusiones un fragmento

dónde la tarde en que nos vimos entre el Silencio y el silencio montevidiano de ese invierno noche cerrada y con abrazos que fueron son y serán siempre

textos que vuelan irreales textos que vuelan y reales nos reconcilian en la Hora que pudo ser la del Gran Hueco y es la del pájaro que canta al mediodía en este pueblo y que nos dice la Palabra donde por fin muere la muerte del flagrante Montevideano

igual lloremos desolados y roguemos por el hermano del corazón ante los dioses

todo está cerca y está lejos allí es verano aquí es invierno y estamos juntos en la Noche de sinrazones y razones mientras tememos y esperamos

9 de junio de 1984

Enrique Fierro